





## VOLTAIRE

La verdad, lo mismo sobre los hombres que sobre las cosas, es difícil de encontrar; y una vez encontrada, no es ménos difícil conservarla.

¿ En qué estamos sobre Voltaire? En combatirnos aún, en contradecirnos, en lanzarnos su nombre á la cabeza como un arma de guerra, ya como señal de concentracion, ya como piedra de escándalo.

Pedimos permiso al tratar de él, si hemos de hablar en conciencia, de conservar nuestras impresiones propias, antiguas ya, muy anteriores á los debates recientes, aunque repitamos juicios bastante complejos que hemos formado durante algunos lustros; sin perjuicio de rectificarnos sin cesar y sin querer amenguar en lo más mínimo un espíritu tan francos por las cualidades y por los defectos; pero sin querer tampoco hacer del que no respetó nada ó casi nada, un personaje de autoridad moral y filosófica, una religion, un ídolo.

No habrá en esto singularidad ni originalidad. En las generaciones que se han sucedido, se cuenta un número considerable de ingenios que, partiendo de opuestos puntos de vista, se han hecho sobre Voltaire una idea bastante justa; pero una idea que se ha quedado entre ellos, que no se ha divulgado, ó que ha sido puesta en cuestion por la juventud sobreviniente. Los jóvenes, à pesar suyo, sin darse cuenta ellos mismos, cuando entran en la vida activamente, buscan en los hombres célebres del pasado, ó en los nombres en boga, pretextos para sus propias pasiones ó para sus sistemas, vehículos para sus ideas ó para sus ardores. Que se identifiquen con ellos y que los exalten ó que los rechacen y hasta los insulten, son sus propias

ideas las que saludan, las que preconizan; es la idea contraria la que rebajan ó desdeñan. Ver las cosas tales como son y los hombres tales como han sido, es privilegio de una inteligencia que se desapasiona y un efecto, mucho lo temo, de la naturaleza que se enfría.

He dicho que durante tres generaciones ha sido Voltaire discretamente apreciado por algunos, bien que sus juicios no hayan podido divulgarse, consolidarse, ni establecerse entre todos, y vamos á probarlo.

En vida suya fué perfectamente juzgado y conocido, tanto por sus méritos como por sus defectos; las personas de su sociedad y hasta cierto punto sus amigos, distinguieron sus notables bellezas y sus locuras detestables. El que quiera recoger en las Correspondencias de su tiempo las palabras y los juicios de madama Du Deffand, del presidente Hénault y otros personajes de su círculo, del presidente de Brosses, de Federico, de madama de Créqui y otros, acerca de Voltaire, se formará del mismo una idea muy verdadera, concebirá un Voltaire no idealizado, no ennoblecido por espíritu de partido, no de convencion, pero con toda la gloria de su talento real. La opinion de algunos testigos bien informados y discretos se ha transmitido poco; y el alejamiento en que Voltaire se mantuvo en sus postreros años, la reverencia que de lejos inspiraba á muchos, sobre todo á las generaciones nuevas que no habian conocido su larga y petulante juventud, el concierto de alabanzas que su hábil é infatigable vejez habia levantado en Francia y en Europa, todo esto preparaba su apoteosis contra la cual se levantaron entónces muy contadas protestas. Sin embargo, tenía contra sí, aún en el partido de la filosofía que era el partido triunfante, á los discípulos y sectarios de aquel Rousseau á quien él habia desconocido y ultrajado. Despues que la Revolucion consumó la ruina de la vieja sociedad, muchos de los adoradores de Voltaire se apartaron de su culto; comprendieron el valor de las instituciones que imprudentemente habia minado y se dijeron que Voltaire mismo habria llorado con ellos la obra de perdicion á que habia contribuido. Entónces se dieron cuenta de las inconsecuencias volterianas y, conservando la admiracion de su ingenio inimitable, llegaron á juzgarle con una severidad moral justificada por la experiencia. María-José Chénier continuó admirándole en todo, y la Epístola que le dirigió

pudo ser el programa brillante del partido de Voltaire; pero las gentes de gusto y aquellas cuyo espíritu se abria á concepciones de un orden más elevado, hombres tales como M. de Fontanes, por ejemplo, sabían muy bien apreciar lo que merecia Voltaire como inimitable autor y lo que se debía al satírico indecoroso y al filósofo indisculpable. En aquella segunda generacion encontró Voltaire jueces muy avisados, muy equitativos, que supieron medir sus méritos y deméritos.

En cuanto á la llamada tercera generacion, en la que me permito incluir á los hombres de mi tiempo con los que tienen una decena de años más, la reaccion fué en otro sentido; no tuvieron que renegar de una excesiva admiracion sino de un sentimiento más ó menos contrario. La influencia de Chateaubriand (juez por otra parte bastante equitativo para Voltaire), la de madama de Staël, el despertar de una filosofía espiritualista y respetuosa de la naturaleza humana, la accion tambien del Renacimiento religioso que dominaba, si no los corazones, las imaginaciones cuando ménos, por último, el influjo literario, ya de la patria de Gœthe, ya de la de Byron y Walter Scott, fueron causas generales que obraron sobre muchos de nosotros hasta en nuestras primeras lecturas de Voltaire. Algunos le negaban demasiado. Pero con el tiempo, segun cada cual perdía sus juveniles resabios, se ha hecho más justicia á aquel natural perfecto, á aquella lengua que sólo pretendia ser órgano rápido del más agradable buen sentido, que lo es á menudo en él, y en la que despues de todos los aventurados vuelos y las fatigas de estilo, se goza bebiendo como en la pura fuente maternal. Diré pues, sin creer que sea concedernos demasiado, que más de un espíritu de la tercera generacion ha llegado á ver en Voltaire lo que conviene ver en realidad, ante todo si se le considera en sí mismo y en las consecuencias inmediatas de sus obras. Pero estas consecuencias (y este es el mal), no son todas inmediatas y solo relativas á su tiempo; se prolongarán por varias generaciones. El hombre y el escritor están perfectamente definidos, son bien conocidos ó pueden serlo; el sectario, el jefe de partido sigue sirviendo de tema á eternas discusiones. Como un general muerto cuyo nombre es garantía de victoria, se le ha amarrado á la silla de su corcel de batalla y se pelea en torno suyo como á la sombra del más valiente guerrero. Es el campeón consagrado á las querellas eternas; ¿cómo

ha de ser posible la imparcialidad en semejantes luchas? ¡Pobre esfuerzo de una posteridad que continuamente retrocede y huye! Se trabaja para llegar á ser justo y á ver claro y cuando esto se logra, basta la llegada de los últimos que vienen para embrollar de nuevo la cuestion; y planteando otra vez los temas debatidos en nombre de sus pasiones ó de sus convicciones, no quieren ver más que un lado siendo tan excesivos en la invectiva como el elogio.

La publicacion de dos volúmenes de *Cartas inéditas* (1) va á permitirnos y á obligarnos á recorrer una vez más toda la vida de Voltaire, á repasarla con el pensamiento, por más que dicha publicacion no cambie en nada lo que era ya conocido ni agregue nada imprevisto á lo que todos sabemos. Respecto de Voltaire no hay que esperar revelaciones: él mismo lo ha dicho todo. Pero estos dos volúmenes contienen nuevos testimonios de su ingenio y de su gracia y están generalmente bastante puros de sus excesos habituales. Se puede tratar de ellos sin que sea preciso tocar á lo que divide y envenena.

Las primeras en fecha de estas cartas nos lo muestran en toda la alegría de la juventud, ántes de sus tristes aventuras, ántes de aquel viaje á Inglaterra que le hizo entrar en sí mismo y que lo maduró. Tiene veinte y cuatro años y escribe á madama de Bernières su grande amiga de entónces; forja sueños de delicioso retiro, solo con ella, y se ocupa de su fortuna con el señor de Bernières que parece aficionado á las especulaciones.

« En cuanto á mí, señora, no conozco una compañía más amable que la vuestra, y la prefiero á la de las Indias, aunque en ella tengo una buena parte de mi hacienda; yo os aseguro que más sueño en el placer de vivir con vos en vuestros campos, que en el éxito de los negocios que hemos emprendido. El gran negocio y el único que se debe perseguir es el de ser dichoso, y si lográramos serlo sin establecer un caja de judería, nos ahorraríamos este trabajo. Lo positivo es que si este negocio llega á fracasar tengo á mano un consuelo en la dulzura de vuestro comercio íntimo, etc. »

Va á Villars á ver á la mariscal, que era tambien su amiga, y más aún, su pasion. Comparte su vida en aquel tiempo entre las Villars,

(1) *Cartas inéditas de Voltaire*, coleccionadas por Cayrol, anotadas por François, con un prefacio de Saint-Marc Girardin.

las Sully, las Richelieu, las de Ussé, las La Feulliade; nada á flor de agua en aquel gran mundo y se encuentra en él tan fácil y desahogadamente como en su propia casa, llegando hasta los límites de una insolencia que trasciende á conquista. Era en plena Regencia y los rangos estaban confundidos. Voltaire, representante del espíritu, no concebía ninguna limitacion á la osadía de sus vuelos y desde el principio se puso al nivel de los más altos: practicaba la igualdad colocándose entre los primeros. Estos le miman y acarician, hasta que uno de ellos le hace comprender que todo no se ha ganado, que favor no es justicia y que tolerancia no es derecho. Sin embargo, en medio de sus triunfos y trabajando á la par en sus tragedias y en su poema épico, se ocupa tambien en sus negocios. Obtiene palabra del Regente por medio de sus amigos de que se le otorgaria un privilegio para la formacion de no sé qué compañía. Ya se han encontrado y están dispuestos los capitales; pero Voltaire está en Villars y se olvida un poco de este asunto. Las personas más interesadas en el negocio le asedian para que vuelva á París y le hacen decir que su vuelta es urgente. Véase como Voltaire el cortesano recibe los avisos y las instancias de los hombres de dinero, leyendo lo que escribia, como de costumbre, á madama de Bernières (1718):

« Si yo tuviera una silla de posta, iría á París, sin duda, por el deseo que tengo de haceros la corte, no por acabar el negocio que sabéis. Se me ha escrito que el Regente ha dado su palabra, y como yo tengo la de la persona que la ha obtenido del Regente, no temo que este negocio fracase ni que otro se aproveche. Puedo aseguraros que si yo pensara que ellos abrigaran el propósito (los hombres del dinero) de dirigirse á otro, usaria de mi influencia con ciertas personas para que su empresa fracasara. Estos señores se burlan de las gentes, imaginando que el éxito del negocio depende de que yo llegue á París mejor el 15 que el 20; unos días más ó menos nada perjudicarán.

« Saldré mañana jueves á la noche con el mariscal y la mariscal de Villars. Tan pronto como llegue iré á Versalles de donde no saldré hasta que el negocio se halle concluido ó fracase enteramente. Me decís que si no estoy el juéves en París fracasará el negocio por mi falta... Decid á esos señores que de seguro no fracasará por ellos, pues

á mí es á quien el privilegio se ha ofrecido. Cuando lo tenga escogeré la compañía que me plazca.»

Se ve, pues, que en los negocios, como en los salones, como en literatura, se adjudicaba á sí mismo el primer puesto y que, seguro de sí mismo, entraba y salía con la cabeza alta, relegando á cada uno allugar que le correspondía y reivindicando el suyo desenfadadamente.

Admire quienquiera la facultad aquella que Voltaire tenía á los veinticuatro años, de hacer tragedias, un poema épico y *negocios*. Preveía, se dice, que era necesario hacerse rico para ser independiente. Yo creo que en él habia ménos prevision que inclinacion natural, necesidad caracterizada, como lo han hecho notar todos los que le han conocido.

Eu una de las cartas de aquel tiempo, dirigida á madama de Bernières, escribe un párrafo para Thieriot: «... querido M. Thieriot, os pido con instancia un Virgilio y un Homero (no el de La Motte). Entregadlos al suizo del hotel de Villars para que me los remita. Los necesito con urgencia, mejor hoy que mañana. Esos dos autores son mis dioses domésticos sin los cuales no deberia viajar.» Aquí le tenemos preocupado con su poema épico en medio de tantos otros cuidados; la diversidad de ocupaciones no deja de ser perjudicial al poema. Concebido, arrullado, acariciado y paseado en los castillos de Sully y Caumartin, el poema de la *Enriada* no recibió nunca el último pulimento de la soledad y la meditacion, ese sagrado no sé qué, debido solamente á las confidencias misteriosas de la discreta musa. Homero y Virgilio no estaban sujetos á tales mundanas diversiones. La inspiracion en Voltaire fué siempre rápida; su fuego no es más que una llama, á veces encantadora; lo que no dibuja al correr de la pluma y al aliento mismo de la pasajera inspiracion, jamas lo suple el foco interior y permanente. Aún en el retiro le faltó recogimiento; su espíritu en todos tiempos estuvo compartido.

Es verdad que, exceptuando los poemas épicos, se hacen en la juventud muchas cosas á la vez. El gran mundo, los salones que se disputaban á Voltaire, lo completaron hasta cierto punto haciendo de él el poeta de los giros mas vivaces, el más desenvuelto, el hombre de letras de gusto más elegante y natural. Cuando no se piensa más que en el ideal de los placeres, en las dulzuras del trato, en la delicadas bromas

de la urbanidad que encantaban á Voltaire, se le imagina fácilmente en el semiretiro que soñaba, que disfrutó algunas veces, pero del que siempre se escapaba. «¡Dios mio, querido Cideville, qué deliciosa vida la que haríamos juntos tres ó cuatro hombres de letras con talento y sin celos, cultivando el arte, estimándonos, ilustrándonos mutuamente.» Esto escribía Voltaire á Cideville, uno de los amigos de sus buenos tiempos, y agregaba: «Yo me figuro que viviré algun dia en este pequeño paraíso que he soñado; pero quiero que seáis el dios.» La carta en que dice esto es de 1732, es decir, de fecha posterior á su estancia en Inglaterra, y los personajes de aquella ideal intimidad debieron de ser Formont, Cideville, madama du Deffand, el presidente de Maisons, Genonville, Alleurs, la flor y nata de sus amigos de la juventud; personas de talento y de buen trato, juzgándolo todo, riéndose de todo, pero entre sí, no haciendo participar al público, sabiendo ó creyendo saber la realidad de las cosas, tomando el mundo á broma y gozando juntos de las delicias de la conversacion y de un estudio comunicativo. Pero Voltaire, moderándose mucho para contentarse con ser el dios de esta escogida sociedad, condenándose á semejante vida, no hubiera sido más que un Voiture acabado y un Hamilton superior; habia en él otra pasta, otras facultades, que eran á la par su honor y su peligro. Cruzó varias veces en su vida por círculos de su agrado que se formaban á su alrededor (*suavissimam gentem*, como él decía), grupos que giraban en torno suyo y de los que era el alma, y siempre salió de ellos por algun accidente despues de haber sido su genio familiar. El accidente provenia siempre de él mismo, á causa de un defecto y de una excelente cualidad. El defecto era su necesidad de accion y su afan de hacer ruido á toda costa; no podia pasarse sin intrigas y jugaba con medios escabrosos: de aquí una infinidad de indiscreciones, mentiras, retractaciones, miserias. La buena cualidad era una pasion quizá sincera y sus convicciones sobre puntos de intereses para la humanidad. Pero, aún cuando fué lo que en ningun caso podia evadirse de llegar á ser, el rey de los poetas de su tiempo y el jefe del partido filosófico, aún entonces, digo, echaba de ménos sus aficiones mundanas, sus hábitos de hombre y autor de sociedad. Si se le oye, él, que fatigó la fama y fué el hombre de la publicidad, no publicó nunca ó casi nunca sus libros sino á pesar suyo: siempre habia